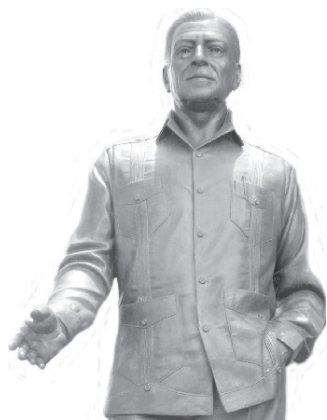




Vuelve
el tango

(28 de marzo de 1954)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2612

DOMINGO 4 DE OCTUBRE DE 2020

QUINTO

1932-2020



ESCRIBEN: Christian Mora, Eréndira Cortés, Rafael Santos, Carlos Ramírez,
Ángel Gaona, Brandon Enciso, Leopoldo Barragán, Alejandra Musi y Carlos Caco Ceballos.

Mafalda y la humanidad

Julio César Zamora

*No tiene importancia lo que yo pienso de Mafalda.
Lo importante es lo que Mafalda piensa de mí.*
Julio Cortázar

¿*Vos sos un buen papá?* Esas fueron las primeras palabras y pregunta que pronunciaría Mafalda cuando apareció por primera vez en un medio de comunicación impreso, el semanario argentino *Primera Plana*, el 29 de septiembre de 1964. El martes pasado, cincuenta y seis años después, Quino, como todo padre consciente, no iba a arruinar el día de cumpleaños de Mafalda, por lo que hizo un esfuerzo para morir un día después, el 30 de septiembre de 2020.

Con el deceso del humorista, Joaquín Salvador Lavado Tejón, mejor conocido como Quino, quedan también en la orfandad infinidad de lectores y generaciones que han disfrutado de la ironía, el sarcasmo y la filosofía de Mafalda en estas viñetas, que si bien su autor las dejó de publicar en junio de 1973, se siguieron reproduciendo y divulgando en otros espacios de la prensa escrita de diferentes países y en el libro *Todo Mafalda* (1992).

Más allá del trazo y del humor gráfico de la tira, a la que nadie nunca pudo permanecer indiferente, resaltan las reflexiones que hizo esa niña, pensamientos que hoy en día a casi nadie preocupa ni ocupa, sobre la condición humana.

El origen

Se podría decir que el nacimiento simbólico de Mafalda fue el 29 de noviembre de 1962, con el estreno de la película *Dar la cara*, dirigida por José Martínez Suárez, donde actúa el legendario Leonardo Favio. En la trama aparece una bebé llamada Mafalda, lo que motivó a Quino para dar ese nombre a su personaje de historieta. Mas el objeto de su creación en un principio fue publicitario, un encargo para promover una línea de electrodomésticos denominada Mansfield a través de viñetas, por lo que debía utilizar la letra M en la protagonista.

Para fortuna de todos, el proyecto se frustró y los productos Mansfield jamás salieron al mercado. Mafalda tuvo un cambio de destino, uno que ni siquiera ella misma avizoraba, acaso ni siquiera lo deseaba, como el sinsabor por la sopa. Quino fue contratado por la

revista *Primera Plana* para publicar durante varios meses una tira semanal que fascinó a los lectores, quienes el 6 de octubre del 64 conocieron a la mamá de Mafalda, Raquel.

Mientras que el papá de Mafalda, cuyo nombre permanecería para siempre en un cajón del escritorio de Quino, trabajaba como corredor de seguros y se entretenía cuidando plantas. Raquel era ama de casa. Con el tiempo, el humorista agregó más personajes como el hermano de la simpática niña, Guille, así como sus amigos: Felipe, Manolito, Susanita, Miguelito y Libertad.

La ironía y filosofía de Mafalda encantó a infinidad de lectores de toda Latinoamérica, pero también de los países europeos como España, Francia e Italia. La tira cómica ganó gran popularidad por el humor, los temas y las frases sarcásticas que Mafalda realizaba, una niña de clase media que divagaba más que los eruditos y pensadores de la época, tal vez porque no se ocupó de los “grande dilemas de la intelectualidad”, sino de la humanidad.

En la segunda edición española de *Toda Mafalda*, el humorista gráfico José Luis Castro Lombilla reseñó que si acaso la Academia Sueca entregara un Nobel de Humor Gráfico, Quino lo tendría. Y esa idea la retomó Carlos Loiseau, *Caloi*, a través de su personaje *Clemente*, encarnando las pinturas más emblemáticas de Miguel Ángel, con *La creación de Adán*; Leonardo da Vinci, con *La Gioconda*; Rafael, *Madona con el duque*; y Quino, con *Mafalda*.

Hijo de inmigrantes andaluces, Quino nació en Mendoza, Argentina, el 17 de junio de 1932. Ahora con su partida, deja un legado inmenso e insuperable, tan solo Mafalda, la tira cómica que público entre 1964 y 1973, se ha traducido a más de 27 lenguas.

Boligán, cartoonista de *El Universal*, se expresó de Quino como “uno de los faros de la caricatura latinoamericana que iluminó el mundo entero (...) Hemos muchos dibujantes en el mundo y hay algunos como estos tres: Quino, Naranjo y Rius”.

¿Por qué la obra de Quino no pierde vigencia?

Porque sus temas no eran sólo locales, sino mundiales.

Porque su humor no era visceral ni ideológico, sino reflexivo, filosófico y humanista. Por ello ha traspasado fronteras.

Si Mafalda se formulara de nuevo aquella pregunta de su primera aparición pública en los medios, la cambiaría por una afirmación: *¡Vos sos el mejor papá!*



Algunas frases inolvidables de Mafalda

- ¡Paren el mundo que me quiero bajar!
- El problema es que hay más gente interesada que gente interesante.
- La vida es linda, lo malo es que muchos confunden linda con fácil.
- Lo ideal sería tener el corazón en la cabeza y el cerebro en el pecho. Así pensaríamos con amor y amaríamos con sabiduría.
- Si no haces cosas estúpidas cuando eres joven no tienes nada de que sonreír cuando estás viejo.
- Algunos me aman por ser como soy, otros me odian por la misma razón, pero yo vine a esta vida a tratar de ser feliz ¡No a complacer a nadie!
- Yo diría que nos pusieramos todos contentos sin preguntar por qué.



PRIMERA PLANA - Página 22

29 de septiembre de 1964

Esta fue la primera tira publicada de Mafalda.



Clásico. Un homenaje de Caloi a Quino.

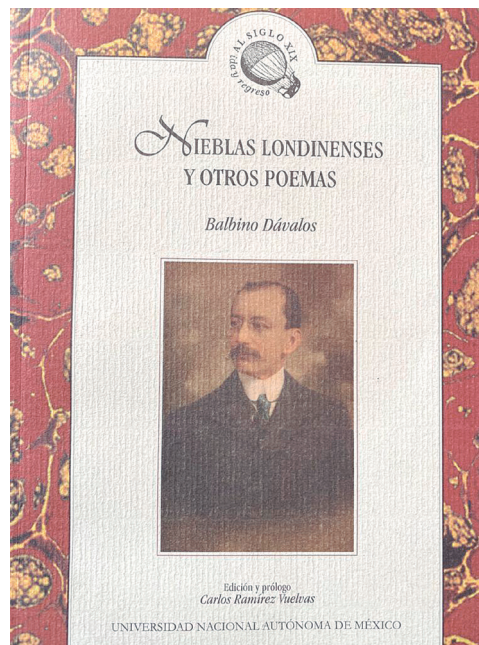
Leer bajo el volcán



Nieblas londinenses, de Balbino Dávalos

Carlos Ramírez Vuelvas

Nieblas londinenses y otros poemas, de Balbino Dávalos, durmió el sueño de los injustos por casi cien años. Este extraordinario colimense, diplomático en una decena de países y rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, anunció su publicación en 1909, y no fue hasta el 2007 cuando la misma UNAM lo publicó en la colección Al Siglo XIX. Ida y regreso. Con la precisión y medida que caracterizó a nuestro autor, los poemas de *Nieblas londinenses* evocan sus días en Inglaterra, pero también la belleza clásica a la que fue afecto, las esculturas grecorromanas y la pintura prerrafaelita, así como homenajes a sus poetas predilectos: Stéphane Mallarmé, Paul Verlaine y Edgar Allan Poe. Los invito a conocer más de Balbino Dávalos, el colimense universal. Los invito a leer literatura colimense.

*Muerte en la tarde*

Ernest Hemingway

Brandon Enciso Alcaraz

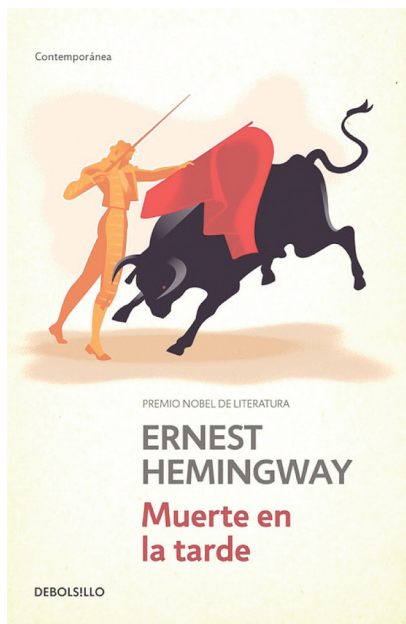
De las obras que he leído del autor, y pese a que lo respeto enormemente, *Muerte en la tarde* fue una lectura que me costó trabajo terminar, pero que abonó a mi postura sobre las corridas de toros. No se equivoque, estaba en contra de ellas y sigo en contra suya aún después de haber leído este libro, pero jamás he sido de cerrarme a la postura del otro, a su visión de las cosas, pues creo que antes de rechazar algo, debemos aprender a verlo como aquellos que lo aman.

Es cierto, no me gustan las corridas, pero su existencia para mí siempre ha sido ambivalente. Por un lado, me parece horrible el final que tiene el toro; por otro, sostengo mi admiración en la proeza que significa pararse ante una bestia de semejante porte y enfrentarla con su masa y cuernos. Si me lo preguntasen, las corridas serían mucho mejores si no hiciera falta matar al toro, si nos quedásemos con el duelo entre el hombre y la bestia, y al final, torero y toro se fuesen cada cual por su puerta, como rivales dignos y honorables que reconocen la habilidad de su contrario.

Fuera de ello y abordando lo de verdad importante en esta columna, *Muerte en la tarde* es un libro pasional, y las corridas de toros no son más que el pretexto de Hemingway para hablarnos de otros temas más universales como el honor, contraponiendo el valor y la cobardía, contándonos de toreros famosos que pasaron con enorme gracia, de toros bravos y mansos, de cobardes cuyo temblor de piernas arruinaba el espectáculo, y describiendo prolijamente cada aspecto de una corrida, todos sus pequeños aspectos y rituales desde la cosmovisión del español de aquellos años

anteriores a las grandes guerras que dividirían a este país, y en las cuales, por cierto, el autor estaría de nuevo presente.

Pero no olvidemos que Ernest era también un periodista, y *Muerte en la tarde* no se limita a contarnos sólo de lo que ocurre en el ruedo. Por el contrario, durante breves conversaciones incrustadas en sus extensas reflexiones, el autor nos lleva a conocer los bares que regentan los toreros, nos habla de cómo estos beben, conviven, hablan e incluso coquetean. El texto sería sin problema una excelente guía para quien decida algún día visitar esta patria, pues incluso el clima es descrito con todos sus pormenores, como las épocas de calor o frío, cuándo llueve y cuándo no, y todo ello en función de brindarle al lector no sólo una guía precisa del país, sino también una serie de consejos útiles para saber cómo ir en buena época a disfrutar de la tauromaquia.



Y con esto cierro, no quiero contarle todo, y me basto en recordarle que ante la lectura de Ernest Hemingway hay que tener algo siempre en cuenta, él es un autor de *icebergs*, y con él, si vamos a lo superficial, veremos sólo la punta, y todos sus escritos transcurren así, con un elemento superficial y un mensaje debajo, desarrollándose, flotando sin que lo veamos hasta que no nos hemos acercado, obligándonos incluso a veces a leer dos veces, poniendo atención a los detalles mínimos que de pronto se nos revelan y nos cuentan esa otra historia, ese otro texto oculto a plena vista donde el autor reflexiona y, no importa cuál obra sea la que tenga entre sus manos, le doy mi palabra de que un sentir trágico por la vida estará presente, y sabrá entonces usted que está leyendo a Ernest Hemingway.

Embrionario

Magda Escareño

Brusquedades:**II Brasa hídrica:**

Llueve y no me mojo. Llueve y no lloro. Llueve y ardo. Llueve y me calino. Llueve y me destruyo. Llueve y no regreso. Llueve y me aíso. Llueve y la herida soy. Llueve y los ojos en blanco. Llueve y la palabra me pierde. Llueve y no canto. Llueve...

Anunciación

Ángel Gaona

*Para Tania y Gustavo**De vez en cuando la vida*

nos da esta clase de alegrías

que inspiran una canción

escrita en la madrugada

Sea pretexto para el caso

un verso robado al *Nano*

para decirlo sin adular

el sentimiento

causa de saber la noticia

de tu advenimiento

Eres hoy una promesa

guardada

en una caja de zapatos

un cúmulo que late en el

vientre de mi hija

un secreto que debo callar

Mañana saldré a la calle

como si nada hubiera ocurrido

y yo

haré lo posible por disimularlo.



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

Vuelve el tango

Don Manuel Sánchez Silva

(28 de marzo de 1954)

Ahora que, por falta de melodías populares realmente atractivas o por reconocimiento al mérito de las que estuvieron de moda hace 25 ó 30 años, está volviendo la música vieja, ¡cuán grato resulta abandonarse a un éxtasis evocativo sugerido por esas armonías inolvidables!

Las juventudes actuales –que no tienen por qué preocuparse en conocer y reconstruir la emotividad experimentada por sus padres en sus años mozos, escuchando las notas optimistas de “Mi querido capitán” y las explosivas del “charleston”, con la alegre indiferencia de las cosas agradables, pero intrascendentes– no saben, ni pueden saberlo, el mundo de recuerdos que se desploma sobre los que llegamos al otoño de la vida, ni adivinan todo el horizonte retrospectivo que se descubre.

Si lo supieran, hallarían respetable y admirable esa dulce evocación impuesta por la música de antaño, que subrayó el encanto de las cosas amables, que se fueron para los que también sufrimos el dulce martirio de un amor, cometimos ridículos para atraer la atención de la persona amada y dijimos tonterías en la embriaguez deliciosa de las citas, con las manos juntas, los ojos en los ojos y el universo concentrado en la chiquilla palpitante de ternura, cuya esbelta silueta se destacaba en la sombra de la calle solitaria.

De 1920 a 1930, el tango argentino acaparó los gustos juveniles desplazando al “step” y al “fox trot” yanquis. Fue una verdadera invasión durante esos diez años. El mundo vivió en tango.

A pesar de su innegable monotonía y de que la mayor parte de las letras coincidían en el relato de la misma tragedia amorosa –en que algunos se iban para siempre, huyendo de un cariño traidor, o mataba al que le había robado su dicha– la música dulzona y lánguida impuso su ritmo obsesionante.

Todos los jóvenes de aquellas épocas bailamos tango. Hubiera sido un contrasentido no hacerlo. Un sacrilegio. ¿Ven ustedes ese respetable, esferoidal, peso completo, del señor director general de Tránsito, Ernesto Álvarez? ¿Se dan ustedes cuenta de que sus 110 kilos de peso difícilmente le permiten bajar del automóvil? Pues Ernesto fue un fanático del tango. Delgado y ágil se consagró como bailador de charleston y del ritmo suramericano.

Y ese otro señor también rubicundo y circular, en cuya cara abotagada apenas se advierten las rendijas de los párpados donde chisporrotean dos ojillos maliciosos; que ha hecho una fortuna sugiriendo extractos empíricos y pocimas misteriosas y que tiene algo de médico, de alquimista y de hechicero, ¿ven ustedes al Pollo Macedo, administrando píldoras y ungüentos y acumulando billetes? Pues también fue una gloria del tango. Pesaba entonces 40 kilos, usaba “carrete” y borceguíes de charol, con botones laterales, y era reclamado por su sabiduría de bailarín, por todas las muchachas deseosas de abandonarse al ritmo exótico.

Y “Mis Kikis”, esa magnífica persona de irreprochables costumbres, de prudencia ejemplar y de equilibrio único, a quien el pelo escasea conforme sus virtudes aumentan, ¿lo han observado ustedes, gentil, servicial, amable, juicioso y ordenado? Pues Enrique Schmid fue verdaderamente “un tigre para el tango”. Lo bailaba con la solemnidad de un oficiante y la precisión de un metronomo, regulando hábilmente la distancia entre él y su pareja, para poder ejecutar las más complicadas evoluciones. Durante muchos años Enrique estuvo convencido de buena fe de ser tanguista estrella. Ciertamente le sobraba un poco de estatura pero, en fin, todo el mundo estaba de acuerdo en su convicción.

¡Oh!, los viejos tangos de los años veintes: “Sentencia”, “Fue compadre”, “Es un golfo”, “Maula”, “Mano a mano”, “Adiós muchachos”, “La cama vacía”, “Viejo coche”, “Mi noche triste”, “Negra mala” y, sobre todo, el rey de los tangos: “Julián”.

¡Cuántos, pero cuántos austeros señores, cuya importancia económica y social mantienen en sus manos las responsabilidades de mayor significación; que el peso de sus obligaciones y el apego celoso de sus asuntos económicos los ha convertido en hombres máquinas, calculadores y fríos, positivistas y prácticos; cuántos moderados, reflexivos, sistematizadores, suspiran al tiempo ido al escuchar la frase inicial del tango: “yo tenía un amorcito”..., y sienten que dentro de sí mismos, en fragante evocación de los recuerdos juveniles, surge el paisaje inverosímil de las locuras vividas, de las noches de insomnio provocado por una ilusión de los juramentos hechos en momentos de arrobamiento, de las cartas perfumadas –auténticos insultos a la gramática y al buen gusto– que fijaban una entrevista, de los pañuelos de encaje, de las cosas que no se expresaron y de los besos que se dieron...!

Tremendo poder evocador el de la música, especialmente para los que empezamos a vivir del recuerdo y estamos en las condiciones de uno de esos tangos de aquel tiempo: “Viejo coche”:

“Ya lo ves, viejo cochoero,
resignado solo espero
lo que una carta dirá.
Aguardando que la vida
me eche la última partida
para poderla jugar.
Y al tronco de tu caballo
ya también viejo y cansado
somos los naipes marcados
en el monte del vivir”.



A pesar de su innegable monotonía y de que la mayor parte de las letras coincidían en el relato de la misma tragedia amorosa –en que algunos se iban para siempre, huyendo de un cariño traidor, o mataba al que le había robado su dicha– la música dulzona y lánguida impuso su ritmo obsesionante.

Hasta los tímpanos

La llave

Eréndira Cortés



En la madrugada sonó el interfón. Eran Gonzalo y Ángel invitándome a un enigmático lugar, su nombre era La llave.

—Vamos, venden alcohol a buen precio, está sólo a media cuadra.

—Tengo mucho sueño, chicos, mejor para la otra me avisan con tiempo.

Estaba indignada ¿por qué no me habían dicho antes? Esa fue la primera vez que oí hablar de “La llave”, mas no la última. Cada vez que una persona mencionaba el nombre podía verles un brillo de satisfacción en los ojos. Nadie sabía darme razones, me decían lo mismo: bebidas baratas y hasta ahí. Un día, durante mi trote matutino me fui revisando las fachadas del Boulevard y ahí entre ramas tétricas pude ver el letrero, un vejistorio de madera casi podrida. Debía descubrir por qué tanto placer se arrellanaba entre sus letras. “La ll-a-v-e” como ese acceso a otro mundo, una forma de abandonar la cotidianidad, de olvidarse de sí y todo lo demás.

Entonces llegó la hora de cumplir 21 años. Me miré en el espejo y encontré en mis párpados, en las comisuras de los labios y hasta en la barbilla, diminutas marcas de vida. Nunca cumpliré esta edad por segunda vez, quiero que las huellas de este año sean las mejores, pensé.

En el departamento ya éramos más de 15, el vino se había acabado, al igual que las copas, los vasos, los envases de mermelada, yogurt o cualquier recipiente dónde beber. Habíamos hablado más de la cuenta, cantamos hasta las canciones que no nos sabíamos (incluyendo el tema

musical de Dragon Ball Z en catalán), el repertorio estaba agotado. De pronto una chispa se encendió en mi cabeza, ¡Vamos a La llave!

Por fuera, la oscuridad y las luces le daban otra atmósfera. Dentro un hervidero de gente, meseros yendo y viniendo con charolas repletas de cerveza y Fernet, pero por sobre todo mucho rock latino y en inglés alternado con cumbia villera y cuarteto. Esa era parte de la esencia de La llave.

Era como el queso para el ratón, sólo había que ponerlo en un sitio estratégico y el roedor hacía el resto, el chiste era beber, bailar, pasarla bien. La clave estaba en la selección musical, cada canción parecía superar la anterior. Algo pasaba ahí dentro porque apenas al entrar el tiempo se distorsionaba, se medía por la cantidad de temas musicales, de tragos, de ligues. Esa vez bailé y canté como nunca, rodeada de amigos, conocidos y desconocidos. La misma música nos dijo cuando era hora de partir, pero no quería que terminara.

Me bastó una noche para comprender su encanto y por qué era tan complejo traducirlo en palabras; si me preguntas te diría *no sé cómo explicarlo pero te va a gustar, querrás volver y siempre recordarás toda la euforia que cabía en tan breve espacio.*

Lo que en sus inicios fue un almacén, cerró sus puertas hace algunos años y aunque sus muros ya no albergan cuerpos danzantes, pienso que todavía debe sentirse el cúmulo de vibra que depositamos ahí quienes tuvimos la fortuna de visitarlo.



Visita nocturna

Christian Mora

La vio acercarse por el pasillo. Ella caminó hasta la mesa cuadrada y se sentó frente a él. Hacía un par de años desde su última visita, el día en que perdió a su esposa e hija. Ninguno de los dos hablaba. Él balanceaba su vaso cristalino, calculando en cuántos tragos se terminaría el vino servido. Reposó la bebida sobre la mesa. No quería mirarla a los ojos.

—Ya es hora -dijo ella rompiendo el silencio.

Tomó el vino para darle un sorbo. *Uno*, contó en su mente. Sonrió.

—Vienes diciéndome lo mismo desde los nueve.

—Lo sé, pero eres necio. Yo no voy a llevarte a la fuerza. Sé cuánto lo has pensado. Sé que escogiste esta noche. Ya es hora.

Dos.

En su primera visita, él todavía era un niño. Jugaba a escalar los árboles del jardín cuando una pisada en falso lo hizo caer desde una altura considerable golpeándose directo en la cabeza. Quiso gritar pidiendo auxilio, pero el susto de ver su sangre nutriendo la tierra le robó la voz. Con la vista nublada, alcanzó a divisar a la mujer sentada en la banca a unos metros de ahí. Se sentía aturdido. Cerró los ojos. Creyó escuchar los pasos de la mujer sobre la hierba, acercándose. Cuando volvió a abrirlos, vio las cuencas vacías, la mirada de oscuridad infinita.

—Ya es hora -le dijo entonces. Lo tomó por las axilas y lo levantó en brazos. Él recargó la cabeza en su hombro, aún confundido por el golpe. Poco recuerda lo que pasó después. Escuchó un grito histérico, lejano. Debió ser su madre. Recuerda los llantos, la desesperación de sus padres, los semáforos en rojo no respetados, los hombres de blanco y azul pasando una aguja por su cabeza como si fuera un pantalón al cual le faltara remiendo.

Acarició su cicatriz rememorando el accidente. Dio un trago largo hasta terminarse el vino. *Tres, me faltaban tres*, pensó. Acercó la botella y sirvió medio vaso más.

—No estaría aquí si tú no quisieras. Vamos, es lo mejor para ti, lo sabes.

Después del quinto trago se atrevió a hablar.

—¿Y estaré junto a ellas? -preguntó antes de dar el sexto sorbo.

—Estarás junto a quien quieras. Jun-

to a tu nina, por ejemplo. ¿No extrañas a tu nina?

Él recordó a su nina, la última vez que la vio con vida. Estaban de visita en su casa, esperando lo inexorable. Dando vueltas en la sala, tomaba valor para entrar en la habitación de la abuela. Se paró bajo el marco de la puerta y la miró de lejos. En la silla, junto a la cama, estaba la mujer sentada cruzada de piernas. Su abuela acostada miraba hacia el techo. Él no se atrevió a dar un paso más.

—¿Qué pasa, no quieres ver de cerca a tu nina? -le dijo la mujer-. No falta mucho para que se vaya conmigo. Ven, acércate. ¿No te acuerdas de mí? Estuviste a punto de acompañarme. De no ser por tu madre ahora estaríamos juntos.

Una lágrima se deslizó hasta su boca. La secó con su mano y bebió el resto del vino en el vaso. Miró la botella y se sirvió lo poco que le quedaba.

—Con ellas, ¿podré estar con ellas?

—Cierra los ojos.

Él obedecerá... tú obedecerás... tú cerrarás los ojos y escucharás su voz llamándote. *Papi, papi. Ya estoy aquí, papi.* Tomará tu mano y tú soltarás el vaso para tomar la suya. No abrirás los ojos porque sabes que si lo haces todo acabará. No podrás verla, pero tampoco sentirla ni escucharla. Y te gusta ese tacto. Te gusta cómo sus diminutas manos acarician tu rostro y limpian las lágrimas que ahora brotan a grifo abierto.

—No llores, papi. Ya estamos aquí.

—Sí, ya estamos aquí -escucharás la otra voz. La misma voz que no recordabas. La voz que dos años atrás te pedía pasaras por ellas, por tus dos mujeres al supermercado y le contestaste que no. Estabas trabajando y no podías salirte de la oficina sólo porque había dejado las llaves dentro del auto. La misma voz a la cual le pediste tomar un taxi y después llamar al cerrajero. La misma voz que un par de horas después supiste no volverías a escuchar porque la mujer de mirada profunda pasó frente a ti sonriendo, prometiéndote visitarte muy pronto.

—Ya estamos aquí -repetirá la voz. Y ya no será necesario abrir los ojos. Conoces muy bien la distancia del cuchillo. Lo estuviste observando toda la noche. Lo pasarás sobre tu muñeca y no dolerá porque ellas están ahí. Esperándote. Las tres mujeres. Nunca más necesitarás los ojos para verlas. Tus cuencas quedarán vacías y aun así estarás con ellas.

Adiós, Quino

Rafael Santos*

Recuerdo que la primera vez que leí a Mafalda, saltó de inmediato en mí la noción que esos niños y sus travesuras se escribían con una intención diferente a todo lo que había leído antes en ese formato. Por así decirlo, esas tiras no tenían nada más el objetivo de entretener mi atención con chingadazos de caricatura o pastelazos de historietas que, desde luego no tenían nada de malo. Sin embargo, las líneas y globos de diálogo de Quino, me invitaban (y aún lo hacen) a reflexionar sobre las cotidianidades de nuestro mundo; las relaciones que guardamos con las autoridades: las tradiciones, las estructuras familiares, la desigualdad, el sexismo y el siempre, para donde viésemos, misterioso origen y futuro de nuestros pueblos.

Con los años leería y releería las tiras de Mafalda, siendo apenas hace dos meses mi última lectura larga de sus tiras. Desde luego, Mafalda tampoco sería la obra total de Quino. El resto de su trabajo como monero, del cual quizás menos tiras saltarían a la memoria colectiva, contiene el grueso de sus reflexiones acerca de las estructuras del poder, placer y la cultura; así como incisiones a esa extraña suerte de ser latinoamericano en el siglo XX.

Hace unos meses, conversando con un amigo, comenté aquella famosa frase de Monsiváis donde alegaba que, de todos mexicanos, la mitad habían sido educados por los maestros de la SEP y la otra mitad por los libros de Rius; y como a mí me gustaría agregar en esos “planes de estudio” para los públicos de la educación básica, cuantiosas tiras de Quino. Y es que mantengo la convicción de que sin él, mi camino a esta interpretación del mundo, mi estado como un producto de los tiempos (que bien podrían significar nada, sino se hiciese el esfuerzo por buscar además qué son esos tiempos y por qué nos hacen tan desagradables al crecer), mi sentir como latinoamericano, mis simpatías y convicciones en las luchas por libertad, igualdad y respeto de las poblaciones oprimidas en todo el mundo; mis primeras nociones sobre el decolonialismo, el poder del conocimiento y la virtud sobre las fruslerías del interés económico y las sinrazones de la autoridad, incluso antes que fuera siquiera una teoría científica, representando a la Tierra como el paciente de una enfermedad que nosotros causábamos con nuestra actividad; también mis ansiedades por el cambio climático.

La última vez que la muerte de alguien con quien nunca pude cruzar palabra me afectó, fue en 2016 tras la muerte de David Bowie. En ese entonces salí al campo a escuchar su música entre mocos y sollozos. Hoy

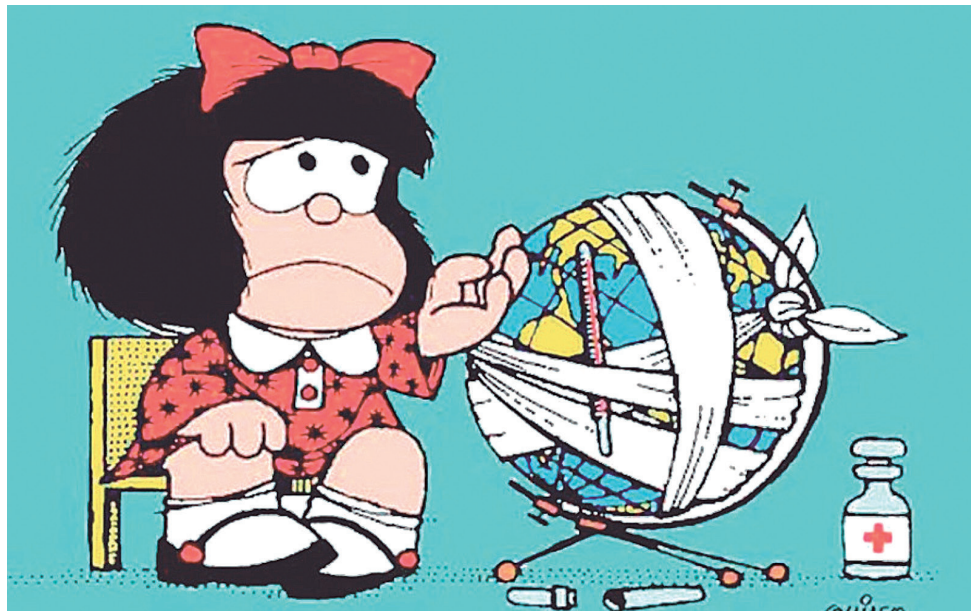
tras enterarme del fallecimiento de Quino, lloro sobre un libro para niños. Lloro la muerte de alguien que así como Bowie, entendió que en el futuro los niños necesitarían héroes, y que aquellos, deberían ser lo más apartado de los que entonces y ahora, se empujaban en el cine, la radio y televisión.

No esas vergonzosas fantasías de poder de los superhéroes, o vaqueros bendecidos por sus símbolos de autoridad blanca. Héroes que no incitaran a correr ignorantes y violentos contra aquello que les resultaba desconocido. Sino uno que nos retara a pensar no sólo en uno mismo, sino en tu comunidad. A nunca desechar la ira contra las injusticias y la barbarie por lo que fuesen a decir. Héroes que nos incitaran a imaginar sin vergüenza los futuros que faltan. Héroes que nos dijeran podríamos con lo que fuera, a

pesar de soviéticos y yanquis tener la Bomba. Que nos mostraran que cualquiera puede ser un héroe. Incluso una niña de 5 años a quien no le gusta la sopa.

Una vez más, como tantas habrá, pareciera que nos queda tan solo la resignación de los deudos digitales. Subiendo imágenes de despedida a redes sociales con emoticones tristes o diciéndonos *chales* los unos a los otros una y otra vez como el sketch trágico que somos. Sin embargo, ahora que tengo este libro en manos, no puedo más que agradecer con el alma a Quino. Tengo la seguridad, mientras acaricio su portada, que por este libro pasarán muchos ojos después de los míos. Que otros en el futuro llorarán y reirán con las ocurrencias de Felipe, Manolo, Sarita, Libertad y Miguelito.

Pues si bien hoy nos toca despedirnos de Quino, invito a encontrar la resignación leyendo y enseñando su obra. Por ejemplo, la tira que adjunto en este texto, pues por fortuna para todos, Mafalda se queda.



Larguísima vida a Quino. ¡Viva!

*Editor apasionado de la literatura y las artes del libro; especializado en la gestión de empresas, eventos y proyectos de corte artístico y cultural. Cursó los diplomados de Creación Literaria por el INBA (2017) y el de Creación y Gestión de Empresas Culturales y Artísticas por la Universidad Europea Miguel de Cervantes (2016). Ha asistido como seleccionado a los encuentros literarios: Primer Encuentro Nacional de Escritores en Comala 2016 y Quinto Encuentro de Narrativa del Centro Occidente en Zacatecas 2017. En 2019 publicó textos literarios en más de una docena de espacios digitales e impresos, además de ganar el Premio Fóbica 2019 en la categoría de cuento.



Filosofía del patriotismo

Leopoldo Barragán Maldonado

El mes patrio ha terminado. Septiembre es muy significativo no sólo en nuestra historia nacional, sino también en los ámbitos políticos regionales e internacionales; numerosos son los acontecimientos que han cambiado el curso de la historia, cronológicamente inscritos en los almanaques mundiales. No se trata de establecer un catálogo de efemérides septembrinas; sin embargo, es innegable que estamos inmersos en las resonancias económicas, culturales e ideológicas generadas desde el inicio de la Segunda Guerra Mundial (1 de septiembre de 1939), hasta los atentados a las Torres Gemelas (11 de septiembre de 2001), diacronías históricas que puedo bautizarlas como ‘septiembreros oscuros’, no por alusión a los ‘septiembreros negros’ palestinos (1970, 1982), sino más bien a la cantidad de tinta gastada en escribir y publicitar las adaptaciones oficiales de tales acontecimientos, y la poca luz con que se permite visualizar los estudios que intentan ser versiones más cercanas a los hechos. En la investigación histórica ‘no oficial’ se navega con mar y vientos adversos.

Si septiembre es un mes para recordar festejos y conmemoraciones, también lo es para reflexionar, porque la naturaleza del pasado es sólo recuerdo, y la esencia del recuerdo es siempre reflexiva. No podemos reflexionar acerca de lo que no recordamos. Un recuerdo es contenido de conciencia, aunque no se tenga conciencia de tal contenido. En efecto, cuando cursaba el sexto grado de primaria y salíamos al recreo, observaba en el patio de la escuela Gregorio Torres Quintero el busto de este prócer de la educación, y en la parte inferior la leyenda “amo a México”, correteando de un lado para otro lo llegué a memorizar; lo mismo sucedió en tiempos de la secundaria cuando íbamos a jugar básquet a las canchas de la zona militar, en uno de sus muros leí: “la patria es primero”. En aquellos ayeres no pasaban de significar que amar a México era amar la patria y quienes así lo hicieron fueron héroes. Pero hoy, este predicamento no resulta tan simple como parece.

En la bibliografía del Heroico Colegio Militar, destinada a la formación de los mandos del Ejército Mexicano, destaca el *Manual de virtudes militares*, donde se explica el concepto de patriotismo. Después de analizarlo, le encuentro una parte positiva y otra negativa, o si se quiere, limitativa, aquí la primera: “Solo es patriota el que ama a sus conciudadanos, los educa, el que lucha por el bienestar de su pueblo, sacrificándose por emanciparlo de todos los yugos, el que cree que la patria no es la celda del esclavo, sino el solar del hombre libre”; excelente definición, pero al mismo tiempo pone un límite: “nadie tiene derecho a invocar la patria mientras no pruebe que ha contribuido con obras a honrarla y engrandecerla. Convertirla en instrumento de facción, de clase o de partido, es empequeñecerla. No es patriota el que de tiempo en tiempo chisporrotea en adjetivos, sino el que trabaja de manera constante para la dicha y la gloria común”. Más claro ni el agua, no todo el que ama a la patria es un patriota, como no todo el que practica un deporte es un atleta.

La Secretaría de la Defensa Nacional establece de manera preponderante el patriotismo como valor institucional del Heroico Colegio Militar, afirmando: “Es el amor a la patria, a México. Es el respeto a la bandera y al himno nacional. Lo más honroso para un soldado es perder la vida por la patria. Como soldados, el amor a la patria es hasta el último aliento”. En la misma sintonía, la Secretaría de Marina lo explica: “Es el amor, devoción y compromiso que se tiene por México y sus símbolos, anteponiéndola siempre a cualquier interés personal y de grupo. Se traduce en actos de entrega y sacrificio, que nos impone a cumplir con nuestra obligación como ciudadanos, marinos y militares, luchando para preservar nuestra Nación y defenderla hasta alcanzar la victoria o perder la vida. El patriotismo es el valor supremo que hace que todos los demás valores fundamentales estén vinculados con el servicio a México”.

Llaman la atención los enunciados “hasta el último aliento”, “o perder la

vida”, arengas que me recuerdan un capítulo histórico de la filosofía cuando en tiempos de las invasiones napoleónicas, Fichte, desde su cátedra, y escuchando el redoble de los tambores franceses, anotaba en sus *Discursos a la nación alemana*: “no es la fuerza del brazo, ni la virtud de las armas, sino la fuerza del alma la que alcanza la victoria”; probablemente hasta alcanzar niveles de heroísmo. En el prólogo del libro *Miscelánea Bélica*, escrito por Luis Redd, leemos: “independientemente de ideologías, el acto heroico tiene un valor por sí mismo. Va más allá del instinto de conservación; va más allá del deber (...) es como un testimonio de que existe la nobleza humana, a despecho de lo que se contempla a diario”.

Acorde con su formación militar, el Gral. Roberto Badillo Martínez, en su texto *El libro verde de las fuerzas armadas*, advierte: “En parte las doctrinas ‘filosóficas’, como el comunismo, el socialismo, el masonerismo (*sic*), el liberalismo, y todos aquellos ismos derivados de ellas han sido claramente antimilitaristas, porque en la mayoría de los países, los militares son patriotas”. ¿Acaso nos estará diciendo que el valor del patriotismo está sólo al alcance de las huestes castrenses? No todo militar es patriota, ni todos los patriotas son militares. Cuestión interesante para el debate ético.

Posteriormente, el General define su concepto de patriotismo: “entendiendo esto como la defensa de los valores, que generación tras generación, los pueblos

han asumido, como la defensa de las relaciones familiares, de su costumbre, de su religión, de su país y de su territorio”. Como podemos observar, la conceptualización de Badillo Martínez involucra elementos de índole cultural, la familia y la religión, problematizando con ello la claridad del patriotismo. Hegel, en su *Filosofía de la Historia*, escribe: “El espíritu de un pueblo, es un todo concreto: debe ser reconocido en su determinación (...) se desarrolla en todas las acciones y en todas las direcciones de un pueblo y se realiza hasta lograr gozar de sí mismo. Sus manifestaciones son religión, ciencia, arte, destinos hechos”.

Desde el punto de vista filosófico e histórico es comprensible el porqué del razonamiento fichteano y hegeliano, la vorágine napoleónica y el remolino de las pasiones nacionalistas fueron una de las características ideológicas del siglo XIX. Después de que Napoleón I desintegró el Santo Imperio Romano Germánico (962-1806), el historiador Ernst M. Arndt, formuló la famosa interrogante (1813) “¿Cuál es la patria de los

alemanes?”, reclamo que apelaba, o bien al lugar de nacimiento, o a los alcances del idioma y las costumbres. En ese torrente hay que ubicar a dos teóricos de la guerra que influenciaron la doctrina militar mexicana: Antoine-Henri de Jomini y Carl von Clausewitz, este último de corte hegeliano. Cuando el Gral. Badillo introduce otras manifestaciones culturales se corre el riesgo de rozar con los contenidos ideológicos del nacionalismo, lo delicado de aquella apreciación es la amplitud connotativa que le concede a la religión, porque ésta más que ser un factor conceptual del patriotismo, lo es del nacionalismo, como se ha mostrado en algunos pueblos separatistas de los Balcanes, de la Europa del Este, y grupos extremistas del Medio Oriente.

¿Qué es entonces el patriotismo? Para esclarecer esta palabra, se impone recurrir en primera instancia al significado etimológico, ya que el sufijo ‘ismos’ indica doctrina, es decir, un paradigma integrado por conceptos, ideas, valores, tradiciones y costumbres; en segunda instancia, tener presente el sentido lógico, pues el término ‘patriotismo’ tiene mayor extensión que ‘nacionalismo’, podemos tener doble nacionalidad, pero no doble patria; por lo tanto, el patriotismo es un concepto sustancial, identificador y unificador, todo lo que permanece e identifica tiende a unir; el patriotismo es el principio lógico y ontológico de nuestra identidad cultural, un valor necesario; mientras que el nacionalismo es accidental, disgregador, un valor contingente.

El patriotismo es un concepto sustancial. identificador y unificador. todo lo que permanece e identifica tiende a unir; el patriotismo es el principio lógico y ontológico de nuestra identidad cultural. un valor necesario.

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

Ocurrencias-sugerencias

Carlos Caco Ceballos Silva

PRIMAVERA 1994. Durante mi larga y azarosa, triste y alegre vida, he tenido la manía de platicar o comentar mis sugerencias, ideas o consejos a quienes creo que pudiera servirles o interesarles, pero indudablemente que estas fueron factibles, pues es el caso que ninguno de los interesados las puso en práctica o no les convino ponerlas en servicio. Así es que ahora las iré comentando con las consideraciones pertinentes.

Por 1955, siendo gerente del Banco de Zamora en Tecomán, propuse a la dirección de la institución que se creará un departamento para atender el ahorro popular, el que desde tiempo de mis abuelos se ha conocido como las “contratas”, lo que además de que sería una buena propaganda para el Banco, serviría para estimular el ahorro, y que los ahorradores además de la seguridad de sus dineros formalizarían en forma más segura sus pagos o inversiones que tuvieran en mente; no me hizo caso, pero yo, apasionado de la idea, seguí comentándola con varios banqueros conocidos de distintas instituciones, pero siempre se me contestó que los bancos eran para manejar dinero y que no para convertirlos en “centaveros”, etcétera, etc.

En el sexenio de Miguel de la Madrid escribí en *Buzón de Excelsior* por tres ocasiones que sería beneficioso para tranquilidad del campo, para que el ejidatario se sintiera hombre libre, para que los agraristas que rentan sus tierras, mejor las vendieran a un compañero que de verdad las trabajara, etc., agregando que las limitaciones de la pequeña propiedad continuara para que de ninguna manera volviera el latifundio. Estas medidas prácticas, patriotas y necesarias no se me tomaron en cuenta por el Gobierno Federal y tuvieron que pasar ocho largos años para que otro Presidente lo pusiera en práctica; desde luego estoy consciente que no fue por mi sugerencia, pero afortunadamente otra persona desde luego muy importante pensó en forma parecida, y así de fácil fue que se llevó a cabo esa importante medida favorable al sistema agrícola de nuestro país.

A fines del año pasado empecé a comentar con políticos locales y a escribir en algunos diarios de la localidad sobre la conveniencia de que las contralorías municipales, estatales y federales, estuvieran o fueran nombradas por los partidos de la oposición, y así en esa forma tan sencilla y práctica se evitaría la “desviación de fondos”, palabra simpática en lugar del horrible y feo verbo “robar”. Esta sugerencia tuve la oportunidad de manifestársela personalmente al señor Cuauhtémoc Cárdenas, candidato presidencial del PRD. Ojalá que los actuales gobernantes, siendo tan patriotas y democráticos como dicen ser, la pongan en práctica en bien de los dineros del pueblo, pues como explico, en esta sencilla forma se evitaría quitarles la tentación a los posibles pecadores, y cuando se tratara de las elecciones solamente saldrían a la palestra hombres y mujeres idealistas con sinceros deseos de ser unos verdaderos servidores públicos.

En enero 7 de 1977, sexenio del licenciado Echeverría, me dirigí con la señora Esther para exponerle que dadas las grandes necesidades de la Cruz Roja Nacional sería

prudente que expidiera un reglamento bancario a fin de que los bancos “redondearán” los saldos bancarios de los usuarios a números cerrados, y que los remanentes fueran abonados a la Cruz Roja de cada entidad, y así en esta sencilla y práctica forma se solucionarían en gran parte las necesidades de la institución. La anterior carta a pesar de ser remitida por correo certificado nunca me fue contestada, imaginándome que a ella no le interesó o sus “inteligentes” secretarios pensaron parecido. Posteriormente, en octubre 9 de 1980 me dirigí en el mismo sentido a la señora doña Carmen Romano de López Portillo y ésta turnó mi sugerencia al señor Álvaro Ruiz García, director general de la Cruz Roja Mexicana, quien tampoco hizo nada sobre el particular. Más adelante me he dirigido en forma personal y periodísticamente a los pasados dirigentes de la Cruz Roja, pero nunca tuve la contestación al respecto y teniendo la fea costumbre de la tenacidad aprovecho este espacio para que los actuales dirigentes de la Cruz Roja estudien y corrijan mi sugerencia, estando seguro que de llevarse a feliz término se solucionarían las necesidades de esa valiosa institución.

En varias ocasiones he escrito sobre justicia social y ahora que la recesión se ha agravado, nuevamente pongo en consideración de nuestras autoridades la necesidad imperiosa de evitar los gastos suntuarios, el usufructo de varios empleos y comisiones por una persona, que cuando se aumente el porcentaje del salario mínimo de ninguna manera se aumentan los salarios millonarios, que los sueldos de los Diputados, Senadores, miembros del Gabinete y aún el salario del señor Presidente sean realistas con la actualidad, que las jubilaciones mayores no pasen de dos millones mensuales, que desaparezcan los famosos “gastos de representación” y “las compensaciones” entre los otros funcionarios, pues me aseguran que casi siempre son mayores que los sueldos y que sirven para engañar a los empleados sindicalizados y “taparle el ojo al macho”. Si algo o todo se hace de esta serie de sugerencias lo ahorrado serviría para aumentar los ingresos y salarios de los maestros y de los burócratas, pues estos son parte de la clase media que es sin duda la generadora de la economía, y entonces sí habría más oportunidad para la gente joven y un poquito de más tranquilidad para la gente trabajadora.

Y así como platico de estas seis sugerencias pudiera comentar sobre muchas, pero casi me he convencido que mis ideas, consejos, sugerencias o críticas constructivas deben ser muy tontas, utópicas, o poco prácticas, pues solamente algunas de ellas han sido puestas en marcha después de largo tiempo, pero, es tanta mi necesidad, que aún así todavía pienso que mis “ocurrencias” son buenas para las mayorías y para la economía del país, y tan es así que cuando esté de “humor” seguiré molestando a las autoridades, grupos universitarios, instituciones o personalidades importantes para que las estudien y corrijan, al ser puestas en servicio se darán cuenta que con ellas se beneficiarán muchos de los que forman la base de nuestro país.

* Empresario, historiador y narrador. +

Un mundo de cine

Alejandra Musi

Te vas encerrando dentro de tu burbuja de seguridad sin darte cuenta de cómo, las cosas que antes eran cotidianas ahora te parecen un mundo.

Los psicólogos le dicen el síndrome de la cabaña y es probable que lo tengas sin darte cuenta. Descubrí que yo era presa de él cuando subirme o no al avión para ir al Festival de San Sebastián desde Nueva York se convirtió en una decisión que me quitó el sueño durante semanas.

Llevo 20 años cubriendo festivales de cine por el mundo y si algo disfrutaba eran esos momentos en el aire que ahora me angustian.

Salir de casa no fue sencillo, pero lo que vino después tampoco, pues me encontré con la realidad de este mundo en pausa al ver el aeropuerto de JFK vacío y sus luces a medio encender, la mayoría de las tiendas cerradas, sólo un lugar para comer.

Lo mismo me ocurrió al llegar al aeropuerto de Madrid en el que un letrado enorme te avisaba que esos artefactos que parecían cámaras en realidad eran termómetros que toman la temperatura masiva de los que entran al país.

Formularios de salud aquí y allá, una carta que firmas al festival y al gobierno vasco prometiendo que si tienes cualquier síntoma avisarás y te pondrás en cuarentena.

La tensión de no saber cómo será el final de una experiencia en la que somos nuevos, pues sólo ha habido otro festival presencial desde que la pandemia empezó, el de Venecia, y aunque parece que ha ido bien aún es pronto para conocer el saldo real.

Te sientes un poco imprudente por estar ahí, ¿y

si luego no puedes volver?

La primera función en una sala es una experiencia, los asientos están asignados con antelación, no tienes a nadie a los lados y una vez que empieza la película no hay manera de salir del teatro hasta el último crédito.

La mascarilla hace que se te empañen los lentes y no veas, menos mal que días después una compañera te comparte el truco: hay que encontrar la ubicación exacta donde apoyar el armazón sobre la nariz.

Geles desinfectantes, un flus flus de alcohol cada que entras o sales de cualquier recinto y esos saludos a medias que se te atragantan cuando te encuentras con un viejo amigo a quien sin pandemia hubieras abrazado muy fuerte. Pero algo se mantiene intacto y es la burbuja que va creando estar en un festival, ir viendo las historias en la pantalla grande, comentarlas por horas, correr a hacer la entrevista, escribir rodeado de colegas que son amigos y que te hacen reír a carcajadas con sus ocurrencias, el momento de la cena juntos, con distancia pero juntos, despertar al día siguiente para volver a la rueda.

Y por momentos se te olvida que llevas todo el día con la mascarilla, que las manos se te están partiendo entre tantos flus flus. Has estado más expuesto que nunca al virus pero como estás inmerso en la burbuja, ¡hasta disfrutas! Luego vuelves a la realidad, al vuelo trasatlántico con sólo 14 pasajeros, al único duty free abierto lleno de anaqueles con cientos de productos en descuento a punto de caducar.

Y te parece un milagro haber podido estar en un festival. Y te das cuenta, sí, que estás volviendo a tu cabaña.